

# La Transfiguración

## Para el Día de la Fiesta del Divino Salvador

*Que el Salvador nos dicte ya su nombre*

Ya están corriendo en pequeños impresos y dando su voz desde grandes anuncios los Programas de las Fiestas de Agosto.

Todos, cada uno según sus posibilidades, celebrarán en San Salvador esas fiestas. No dejará de haber muchos para quienes sean tristes. Pero ninguno dejará de tener la posibilidad de hacerlas alegres, en su misma tristeza o en su exterior desamparo.

Y de hecho muchas han de ser las almas que celebren, el seis de agosto, más en su interior, recogidas, que en lo exterior, disipadas, en la Transfiguración del Señor su propia transfiguración en esperanza y ya por ella de algún modo presente en la realidad: en la realidad que siempre es una esperanza fundada.

Para estas almas sobre todo damos la interpretación de esa Fiesta:

El hecho de la Transfiguración del Señor es un hecho de luz. De luz en todos los sentidos: En el sentido material, no hay más que ver el sol que desde el rostro de Jesús inunda de resplandor toda la escena y la blancura radiante, blancura sin posible comparación, de sus vestidos, más blancos por la luz de aquel rostro; en el sentido de su significación, luz sobre la persona misma de Jesús, su filiación divina, luz sobre todos los que se han de incorporar, por adopción, a esa filiación divina, y luz sobre todas las otras criaturas, sobre la creación entera que será libertada, manifestada en la total revelación de los hijos de Dios.

Todavía da hondura —hondura de abismo insondable— a esa significación, el que toda esa luz espiritual, como la luz material —si así puede decirse— que vieron los Apóstoles, venga de adentro: en último término —y prescindiendo de si sola la beatitud de su alma absolutamente dichosa podía y debía producir aquella transfiguración de su cuerpo— de la Persona misma de Jesús, quien transfigurándose *en lo que era*, transfigurándose en Sí propio, borraba su figura exterior, es decir, iluminaba aquella sombra y sueño de sombra en que se había anonadado. De ese modo, para nuestra esperanza, lo que hay de más íntimo en nosotros —que en último término es El— y lo que hay de más íntimo en toda criatura borrará sin borrarlo, transfigurándolo, lo que tiene de exterior, su mortalidad, este cuerpo de muerte, cuando se manifieste en gloria, conformado con la gloria de El, transfigurado en la propia luz que ya en su raíz de luz tenía.

Así el hecho de la Transfiguración, en el centro de la vida pública de Jesús, entre dos predicciones de la pasión y de la resurrección e inmediatamente a la promesa formal de la constitución de su Reino sobre la piedra fundamental que es Pedro, sobre el sentido directo de dar una prueba de la seguridad de su triunfo, tiene este otro sentido alto de dar unidad trascendente a todo: a su vida personal sobre la tierra con relación a su *vida mística*, sobre la tierra también, en la continuación de esa vida en el Cuerpo que ha venido a fundar, y finalmente en relación con éste, a todas las demás cosas que en El últimamente han de ser transfiguradas con la manifestación, revelación, descubrimiento final de su propia filiación en los Hijos del Reino.

No es difícil dar con el fundamento de esa interpretación en la liturgia del día. En ella se señalan como ideas centrales, primero, la seguridad del triunfo final de Jesús, el Hijo del Hombre que es el Hijo amado de Dios, Rey universal y Salvador del Mundo; segundo, como incluido en ese triunfo, el nuestro de hijos de Dios por adopción, y con éste la redención de nuestro cuerpo, que expresamente se señala en las palabras que el oficio trae de San Pablo. Por esa redención de nuestro cuerpo, subimos a la redención, liberación de la esclavitud en que gime la creación entera.

Una última idea ligada a las expuestas: Esa transfiguración última y definitiva que viene de Jesús al mundo —aquella por la que todo en El toma un sentido nuevo y por la que todo espera ser transfigurado en la luz de que ha venido— tiene su realización por el Sacerdocio de Cristo, que en el Sacrificio de Sí Mismo lo eleva todo a la gloria máxima que a Dios se le debe. Todo adquiere su perfección, con el cumplimiento de su fin, en ese Sacrificio, de una vez para siempre ofrecido y perpetuamente renovado. Y de ese modo la transfiguración episódica de su vida mortal, viene también a ser figura de esta otra transfiguración en que todo, con su Sacerdocio —continuado en el nuestro— viene a transfigurarse.

No diré que ésa es la razón —en poesía es siempre aventurado buscar o dar razones—, pero sí que ése es el significado que tiene en el centro de una MEDITACION SACERDOTAL en verso, la Transfiguración del Señor como idea y figura principal de ella. La MEDITACION, que se titula CONTIGO SACERDOTE, tiene un prelude: PRESENCIA DE LA AURORA y tres puntos: DUELO DE PRIMAVERA, LA TRANSFIGURACION y ELEVACION DEL CAFE AL SILENCIO. Del punto segundo, en acuerdo con nuestra Fiesta, extraemos algunos fragmentos, los que pueden servir mejor para que aquellas almas, de que al principio hablamos, celebren con la de este año su propia Transfiguración en esperanza.

*En San Salvador, El Salvador, julio, 1950.*

*Que el Salvador nos dicte ya su nombre.*

*...Y los llevó a un monte alto...  
Y se transfiguró ante ellos...*

*(Mt. 17, 1-2).*

*Después vino El como una primavera de la gracia sin duelo.  
Y se transfiguró en una hora blanca.*

*Luego todo con El se transfigura.  
Todas las horas son del día eterno.  
Tras la figura de su Pan y Vino,  
Todo lo veré ya transfigurado.  
Porque todo con El se transfigura.*

*Dar luz al día con la luz del canto  
Mientras cae en el canto, blanco, el día,  
Y el sol, solo, sólo es blancura de las cosas,  
Blancura de una hora en Galilea,  
Todo el mundo blancura de una rosa de espumas agitada,  
Y nieve sorprendida la blancura  
De las cosas del mundo renacido.*

*Una vez en la vida nace el mundo  
Y el mundo nace en mí todos los años  
Con la hierba en los campos a las primeras lluvias;  
Porque ha salido el sol y son todas las cosas  
Blancas, doradas, ciertas, renacientes,  
Expirando un fugaz rayo que pasa  
Y eternas en la luz de que han nacido,*

*Sobre el aire inseguro echada el ancla  
De su seguridad, firmes en Otro  
Con la enajenación de ser en El eternamente propias;  
Ciertas de ser por el destello dentro  
Del Sol que, frente al sol, las transfigura:*

*—El pan, el vino, el agua,  
El aceite, la sal, la cera, el barro  
(Hecho con su saliva  
Divina, sobre el polvo de un camino  
Para que sea día y alegría  
De mirarle la noche de los ciegos);*

*Las transfigura todas:*

*—Las hierbas, las espigas,  
Los árboles (la ceiba donde escribo  
Que conserva aún en su hermosura verde  
La transfiguración que sus ojos le dieron,  
Porque El miró esta ceiba!);  
Los lirios que se visten con el manto  
De un Salomón divino en su palabra;  
El cielo que nació de nuevo en su mirar que bendecía;  
El mar que ya es camino que no se hunde  
Para el que con fe avanza hasta sus brazos;  
El lago (qué bien suena  
Porque en él, largo, claro, aún se oye el eco  
De la voz que hizo un día suyo un lago);*

*Y los hombres:*

*—María, la endemoniada, amante hasta la cruz y muerte;  
La del cántaro de agua del Pozo de Jacob  
Y los cinco maridos  
y este de ahora que no era su marido;  
Publicanos, los que iban por la vida  
Con quebrados andares de coyote;  
El fiel infiel Simón, tan firme Piedra;  
Juan Virgen y la Adúltera sin nombre.*

*Lo transfigura todo: los hombres y las cosas.  
Y a mí con todo.*

*—Y pasa la figura  
De este mundo—*

*y aguardan  
Las cosas en su ser, solas y eternas  
Porque son lo que fueron  
Lo que serán en la mirada que las crea.  
Todo lo que hay de eterno en ellas vive  
Por la vida del Ser en que son vida.  
Su transfiguración del ser que pasa  
Sobre ellas y las hace transitorias,  
Pasajeras del mundo por su camino eterno  
Y figuradas en el ser que muere.*

*Yo siempre las veré transfiguradas:  
Bajo este sol en apariencia eterno*

*Y del que sé que tiene contadas ya sus horas,  
Mirando al Sol que dentro de ellas nace  
Y las hace nacer en su mirada eternas,  
Ya siempre las veré transfiguradas.*

*La transfiguración vino a su tiempo:  
Estaba en la Montaña*

*—Tabor claro  
O Hermón tierno de barba con rocío,  
Barba, barba de Aarón goteando de aromas—,  
Con el sol en su rostro  
Centelleante y su vestido blanco  
—Con blancura inlograda por bataneros, blanco—  
Como la luz más blanca en la blancura  
De nieve de su Cuerpo...*

*Ya siempre lo veré transfigurado.*

*Yo siempre te veré transfigurado,  
Ser sin forma que he visto en la figura  
De una forma sin ser, desfigurado, oscuro.  
Pasó en Ti la figura de este mundo  
Y vuelto en Ti de nuevo —sin volverte  
porque en Ti siempre estabas—,  
Tu propio Ser en Ti te transfigura.*

*Ya, por más que en el Monte te me ocultes  
Con Moisés, con Elías, mientras se oye  
El río atroz de su pasión que llega desbordado, tan cerca,  
La voz del Padre me dirá que Tú eres  
—ESTE ES EL HIJO MIO BIEN QUERIDO—  
Y te volveré a ver transfigurado.*

*Y aunque la nube ya ni nube sea,  
Sino un poco de pan de cada día  
—Pan de trigo que como—  
Y sin sabor de sangre Sangre tuya  
—Vino de uvas que cada día bebo—,  
La voz del Padre me dirá que te oiga  
Y Tú que tus palabras son eternas:  
—PORQUE ESTE ES MI CUERPO...  
ESTA ES MI SANGRE—,  
Y siempre te veré transfigurado.*

*Oh Cuerpo del Señor, Sangre divina,  
Que vives en mi cuerpo,  
Que fluyes en mi sangre,  
Para que de tu vida viva en mi cuerpo el alma,  
Luz que el cuerpo y el alma transfigura  
En la gloria divina de tu Cuerpo,  
Transfigurado en Día, en Dios, el hombre,  
A Ti en su nuevo ser asimilado.*

*Después todo con El se transfigura.*

*—Cuándo, Señor, podré decir del todo  
La transfiguración de todo en Ti,  
Mi transfiguración en Ti con todo?*

Porque ni esta parcial la he de decir completamente  
Sino después que la total en mí, como yo en Dios,  
se manifieste:

Sólo cuando el Señor del todo resucite,  
Cuando del todo en todos los suyos resucite,  
La diremos del todo.

Mientras tanto gemimos a la vez los hombres y las cosas  
Y en espera asomamos la cabeza  
Desde nosotros, por entre las olas  
Del tiempo, atalayando  
La eternidad de todo lo que pasa:

La inmortal permanencia a que aspiramos  
En el descubrimiento de los Hijos de Dios  
Cuando en su luz todo se transfigure.

Mientras tanto gemimos con dolores de parto y ensayamos.  
Ensayamos eternidades nuevas  
Del cántico a la vida y de la vida al cántico,  
Vida en nuevo cantar para la única eternidad posible  
En la que caben todas nuestras breves  
eternidades ciertas.

Y Dios nos transfigura en la figura  
De sus transformaciones aparentes:  
—Y SEREIS COMO DIOSES...  
—Y YO OS DIGO: SOIS DIOSES.

No hay sino un solo Dios: el Uno, el Santo,  
tres veces santo, el Trino.  
Y El es El —EL QUE ES— El. Y nosotros  
Somos nosotros —Nada sin El, vacío y sombra de la Nada,  
Todo con El, llenumbre del Ser en que vivimos, nos  
movemos y somos—.  
Y en la revelación El, todo en todos,  
El, sin forma, será en la vida entera  
forma de nuestra vida.  
Veremos y amaremos  
Y lo conoceremos como nos conoce.  
Y lo diremos todo.

—En parte, conocemos y decimos,  
En parte, sin decir, adivinamos.

—Cómo decir, cómo decir que al mar  
le hacía sombra el cielo?  
El mar era la sombra estremecida  
del cielo en toda el alma  
Y el alma era la sombra con destellos  
del cielo en todo el mar.  
Y a abrir nuevos caminos  
Por los que no haya andado  
Nadie. Caminos que hace luminosos.  
El paso que los crea  
Nuevos y para siempre recorridos.  
Y todos son caminos a una estrella:  
La piedra blanca en que estará su Nombre.

Y lo diremos todo:

—EL CANTAR NUEVO.

*Mientras tanto gemimos y ensayamos.  
Su transfiguración nos participa  
Y vuela nuestro ser transfigurado.  
El viaje es infinito y la distancia  
Insuperable siempre;  
Pero el ímpetu eterno  
De su infinito amor cierra el abrazo:  
Su transfiguración es inclinarse  
Y elevarnos la nuestra:  
Sube hasta Sí la nada y baja El a la nada  
Por el mismo camino que la nada ha elevado,  
Y un hombre es la Verdad y la Verdad Camino  
y el Camino Vida:  
La Vida para andar por el Camino  
de su propia Verdad...*

—que va a la vida—.

*Ya el camino es blancura de su Cuerpo  
Y rojez de su Sangre  
Y ya la vida es gracia del abrazo  
Y gloria anticipada en la Cabeza  
De la futura unión del Cuerpo entero.*

—HACED ESTO EN MEMORIA  
DE LO QUE SOY Y DE LO QUE PADEZCO...

*Señor, qué gloria mía tu abatimiento atroz,  
Este anonadamiento alto y profundo  
Con que me levantaste hasta tu Nombre  
Cuando bajaste al mío!*

*Señor, qué gloria tuya!  
El me decía:*

*—Pasa de un salto, constructor de puentes,  
Pontífice, y no temas:  
Que para eso lo he sido yo primero  
Y tu salto es el puente que construyes, saltando,  
Sobre pilares de aire en luz, mi Vida.  
Porque Yo que soy todo lo hago todo:  
Yo soy el Puente y el Pontífice de tu Pontificado,  
El Sacerdote de tu Sacerdocio.  
Tú pones solamente el libre salto  
De voluntad que iguala con mi querer el tuyo.  
Pasa, no temas, construyendo el puente  
De tu Pontificado, con tu salto de amor  
De infinito a infinito,  
De tu nada a mi Ser:*

—Yo te sostengo.

*Oh qué gloria esta tuya:  
Yo en ella en Ti completo!  
En mí perfecta, eterna tu palabra,  
Todo realidad por tu Palabra:*

*Por el amor de la palabra pura  
Cuando ya la palabra se hace cosa  
Y es imperio al decir imperiosa  
Y es Hostia blanca al pronunciar blancura:*

*Día si escribe día en la hermosura  
De esta mañana en mí y en Ti amorosa,  
Que hace salir el sol si dice Esposa  
Y humano sol de Dios lo configura.*

*Cuando ya todo vive en la palabra  
Con que en todo tu Ser mi voz te nombra  
Y eterno el de los dos con viento labra;*

*Cuando en la dicha de vivir, mi vida  
Extraña al mundo extraño va en mi sombra  
Y es ya luz de tu Ser en mí nacida.*

ANGEL MARTINEZ, S. J.

